



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: América Latina y Europa después de la guerra fría

Autor: Abella Armengol, Gloria

Forma sugerida de citar: Abella, G. (1998). América Latina y Europa después de la guerra fría. *Cuadernos Americanos*, 3(69), 75-83.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 69, (mayo-junio de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

América Latina y Europa después de la guerra fría

Por *Gloria ABELLA ARMENGOL*

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
Universidad Nacional Autónoma de México*

EL HOMBRE DE FINALES DEL SIGLO XX no encuentra respuestas. Mentes brillantes, como diría Allen Ginsberg, buscan desesperadamente certidumbre, esperanza. Los hombres y las mujeres saturados de información, carentes de utopías, responden a la violencia con la peor violencia: el conformismo o la autodestrucción. Hoy se le cree casi cualquier cosa a un manipulador más o menos hábil. La intimidad está erosionada; la capacidad de reflexión cedida. El ritmo de los avances científico-tecnológicos es tan vertiginoso que en vez de provocar curiosidad asusta o arrastra. Huérfanas de mandatos autoritarios que no dejaban demasiados espacios para la duda —familia, Estado, bien común— las masas se entregan sin demasiadas resistencias a los espacios fragmentados que ofrecen los nuevos ordenadores del mundo: realidad virtual, espacio donde todo y nada es verdad. La confusión no es un fenómeno espontáneo; mientras unos, los más honestos, intentan buscar hilos conductores para construir propósitos comunes, otros, los que en sus tableros juegan al mundo del futuro, saben que si prevalece la falta de identidad la cultura del miedo o de la fatalidad lograrán uniformar conciencias en aras de renovados proyectos de dominación.

Ruptura de las ideologías, la llaman los analistas más sensatos; *Hacia una nueva Edad Media* la nombra Alan Minc; otros, los profetas de plástico, se atreven a sentenciar el fin de la historia.

“América Latina y Europa en la búsqueda de una nueva conciencia mundial” podría llamarse también este seminario, porque inevitablemente tenemos que diferenciar entre quienes se suman a proyectos excluyentes y entre conciencias críticas que siempre han unido pensamiento y voces en la búsqueda de objetivos universales para el progreso material e intelectual de los hombres. América Latina y Europa en la búsqueda de una ética que otorgue sentido al acontecer humano, valores y propuestas ante los evidentes signos de descomposición política y social que vivimos. Esa conciencia crítica que puede llamarse Norberto Bobbio o Bertrand Russell.

América Latina y Europa en la actualidad: dos realidades divergentes económica, política y socialmente. Los medios de comunicación nos acercan, algunos fenómenos como el desempleo o el narcotráfico reafirman la idea de la aldea global. Se termina un siglo, se inicia un milenio, y junto con ellos ha comenzado la llamada Era del Conocimiento. El reino de la mente, en palabras de Jeremy Rifkin: actualmente existen 100 millones de computadoras; a finales de siglo habrá 1 000 millones.¹ ¿De qué geografía estamos hablando? En minutos un movimiento especulativo en una bolsa de valores desquicia las economías del mundo. Una nueva cultura se impone, pero, como hasta ahora, de una manera fraccionada. Mientras Peter Drucker nos advierte del reto social que significa prevenir un nuevo conflicto de clases entre los dos grupos dominantes en la sociedad poscapitalista, es decir, los trabajadores del conocimiento y la información y los trabajadores de servicios,² en Chiapas continuamos hablando de un conflicto cuyas raíces se encuentran 500 años atrás.

En la era de la tercera revolución científico-tecnológica, en esta época en la que, como afirmaba Khun, las viejas estructuras no acaban de desaparecer y las nuevas no terminan por imponerse, el reto fundamental para las conciencias europeas y latinoamericanas es uno: encontrar nuevos paradigmas, frenar las ideas del fatalismo posmodernista, romper esquemas conceptuales que confunden libertad individual con ausencia de objetivos comunes.

América Latina y Europa: mucho antes de que el concepto globalización se impusiera como realidad pero también como pretexto de un mundo que parece querer borrar el pasado, tuvimos una historia común, que no semejante. Ni apología ni idealismo. Reducir la historia a la acumulación de cifras o al recuento de intenciones no cumplidas sería avalar mucho más que una visión parcial sostenida por aquellos que sólo tienen un punto cardinal hacia donde volver la mirada. Sería negar por qué nos llamamos latinoamericanos, sería negar nuestras herencias, sería conformarnos con una ideología complaciente y excluyente de la modernidad, que lo mismo impone patrones de consumo que dictadores o demócratas.

Mucho antes de que la diversificación se convirtiera en concepto de uso corriente, mucho antes de que el pragmatismo se im-

¹ Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo*, México, Paidós, 1996, p. 87.

² Citado en *ibid.*, p. 213.

pusiera como el pretexto de aquellos cuyos horizontes, pasados y futuros, se limitan a la sencilla operación de sumar y restar, Europa llenó nuestros libros de liberalismo, trazó rutas comerciales, diseñó arquitectura. También fue artífice de una historia desigual que derivó en territorios divididos, en conflictos exacerbados desde los centros industriales, en estructuras económicas dependientes.

El nuevo mundo, no América, sino el que estamos viviendo, se globaliza pero casi como fatalidad reproduce las viejas concepciones del mundo políticamente triangular. En el lenguaje de los economistas y de los politólogos existen varios triángulos de poder, América Latina, Europa y Estados Unidos forman uno de ellos. Este triángulo que en el siglo xix sustentó a la *Doctrina Monroe*, hoy nuevamente se dibuja en el mapa de la competencia regional. En aquel entonces fue expresión del intento de los Estados Unidos por detener la influencia europea en los territorios de la América que rompía los lazos coloniales. Hoy, se perfila como el contrapeso europeo a la *Pax Americana* o del mundo unipolar posterior a la guerra fría.

Contrapeso. Esta palabra resume, en lo esencial, la historia y perspectiva de las relaciones políticas y económicas entre Europa y América Latina desde que esta última luchó por su independencia formal y aún antes de que se le conociera con ese nombre. Unas veces en la mente de los conservadores del siglo xix, otras veces en la de los liberales del siglo xx, con mayor énfasis en lo político o en lo económico de acuerdo con el momento histórico, el contrapeso a Estados Unidos ha sido el principal hilo conductor del pensamiento y las acciones de los países latinoamericanos y europeos.

Política y económicamente, la idea del contrapeso a Estados Unidos se convierte nuevamente en la piedra angular de la perspectiva latinoamericana de sus relaciones con Europa. Se imponen nuevas expresiones de la competencia económica mundial y se manifiestan múltiples intentos por enfrentar la *Pax Americana*. Desde América Latina, Europa es vista como una posibilidad para diversificar mercados, pero también, y de forma muy sustantiva, para establecer alianzas selectivas que les permitan mantener una política de relativa autonomía frente a Estados Unidos. Para Europa, Latinoamérica no es una de sus prioridades estratégicas en el corto plazo; sin embargo, constituye potencialmente una zona importante para su expansión económica y, desde luego, un terreno político al que difícilmente puede renunciar si pretende competir eficazmente con Estados Unidos.

Económicamente América Latina arrastra problemas estructurales que determinan sus formas de inserción en la economía mundial y su vulnerabilidad frente al exterior. Con una población de 463 millones de habitantes y un producto interno bruto (PIB) de 1.3 billones de dólares,³ el año pasado fue la zona de mayor dinamismo económico en el mundo, después de Asia, y sus economías registraron el mejor desempeño en un cuarto de siglo. La CEPAL ha calculado que la tasa media de crecimiento de América Latina alcanzó en 1997 5.3% (comparada con 3.2% registrado en el periodo 1991-1996) y calcula que este año recibirá un flujo de capital extranjero de por lo menos 73 mil millones de dólares.⁴ Algunos analistas señalan que América Latina se ha convertido en “minilocomotora” de la economía mundial.⁵

Sin embargo, estos datos no deben sentar falsas ilusiones. Es cierto que la región ha superado la crisis de la llamada década perdida. Pero las características centrales de su estructura económica siguen siendo prácticamente las mismas: aparatos productivos poco diversificados y una tendencia al déficit comercial. Entre 1990 y 1996, los productos básicos representaron más de 55% de los ingresos de exportación de la mayoría de los países latinoamericanos mientras que en algunas de las mayores economías —Argentina y Brasil— esta proporción fue de 60 y 80% respectivamente.⁶ Según datos preliminares de la CEPAL, el déficit en cuenta corriente alcanzó en 1997 los 60 mil millones de dólares.⁷

No es ninguna novedad hablar de la pobreza regional. Pero hay que insistir en ello porque, cuando más de la mitad de la población latinoamericana vive en condiciones de pobreza pensar en consolidar la democracia es una ilusión más. Ludolfo Paramio —de nuevo abrevamos del pensamiento europeo— lo dice muy claro:

Baja identificación de los ciudadanos con los partidos políticos realmente existentes, incluso si muestran en conjunto opiniones altamente favorables a la democracia y sus instituciones... El fenómeno de desidentificación con el sistema de partidos va acompañado de una desconfianza global res-

³ IRELA (Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas), “El comercio UE-América Latina: una relación desequilibrada”, informe del 6 de octubre de 1997, p. 1.

⁴ CEPAL, “Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe 1997”, p. 1.

⁵ IRELA, “¿Un desafío al triángulo atlántico? Contexto y agenda de una cumbre UE-América Latina”, informe del 12 de mayo de 1997, p. 5.

⁶ IRELA, “El comercio UE-América Latina”, p. 4.

⁷ CEPAL, “Balance Preliminar”, p. 1.

pecto a la eficacia de la acción política lo que suele describirse como desafección.⁸

Esta desafección abre paso a liderazgos autoritarios para los cuales vale más la mercadotecnia electoral que las propuestas políticas, económicas y sociales.

Estados Unidos, uno de los vértices del triángulo, conoce esta realidad. Las reuniones de Williamsburg y Bariloche, en las que se reunieron los ministros de Defensa de todos los países del hemisferio, respondieron a la búsqueda de una nueva concepción de la seguridad regional en la cual el narcotráfico —sustituto funcional del comunismo— se convierte en pretexto para desplegar nuevas formas de control sobre la región.

¿Qué hace Europa, el otro vértice del triángulo? La Unión Europea es el segundo socio comercial de América Latina después de Estados Unidos. Más de 50% del comercio de la UE en América Latina se concentra en el MERCOSUR. Sin embargo, entre 1990 y 1996 las exportaciones latinoamericanas a la UE descendieron de 24 a 14% mientras que las ventas a Estados Unidos crecieron de 38 a 49%.⁹

En un documento reciente del Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas, en el cual se analizan las motivaciones para promover una reunión cumbre de presidentes de las dos regiones que podría celebrarse en 1999, se asienta:

Al buscar un contrapeso político a la influencia de EEUU, los países latinoamericanos esperan adquirir una mayor autonomía que les permita desarrollar una posición de política exterior cada vez más afianzada. La formalización de los vínculos europeo-latinoamericanos a un nivel presidencial puede verse como una expresión del rechazo de ambas artes a cualquier avance en la dirección de un mundo unipolar post guerra fría.¹⁰

Cierto, pero Washington lo sabe. Y por eso el presidente Clinton le otorga a Argentina el estatuto de aliado extra-OTAN. También por eso el 1º de agosto del año pasado levantó la prohibición, vigente durante dos décadas, de vender armas de alta tecnología a América Latina. Economía y seguridad regional se empatan para Estados Unidos en un esquema que de nuevo tiene poco pero de

⁸ Ludolfo Paramio, "Democracia, política, neoliberalismo", *Etcétera* (México), 4 de febrero de 1993, pp. 18-23.

⁹ IRELA, "El comercio UE-América Latina", p. 2.

¹⁰ IRELA, "¿Un desafío al triángulo?", p. 3.

funcional mucho. Divide y vencerás. De ahí la distante recepción del presidente Fernando Henrique Cardoso a William Clinton en su gira por América Latina.

Comparto la siguiente aseveración de los analistas de IRELA:

Estas circunstancias están afectando la dinámica de las relaciones exteriores de la Unión Europea, Estados Unidos y América Latina, y determinan el carácter de la relación triangular. El proceso obedece ante todo a los aspectos económicos de los fenómenos globales. Por una parte, los conceptos de seguridad nacional cambian, conforme la línea divisoria entre cuestiones económicas internacionales e intereses de seguridad se torna menos nitida; y por otra, las percepciones sobre el papel del Estado-nación evolucionan a medida que nuevas formas de integración, formales e informales, pasan al primer plano del desarrollo económico actual. En su expresión más cruda, todo esto encarna el reconocimiento de que un menor grado de soberanía puede en muchos casos ser sinónimo de un mayor nivel de prosperidad.¹¹

En efecto, soberanía y Estado-nación es el otro gran tema de la agenda contemporánea. El proceso de integración de la Unión Europea ha abierto expectativas que hasta hace poco tiempo eran impensables. La renuncia relativa a la soberanía nacional en aras de un proyecto que pueda redituarse en mejores condiciones de vida para sus miembros, junto con el creciente proceso de la globalización, imponen repensar, revalorar los conceptos que fueron piedra angular de los Estados en sus relaciones con el exterior. Y advierto que los latinoamericanos somos altamente sensibles cuando de soberanía nacional se trata. La razón es elemental: la soberanía ha sido desde el siglo pasado elemento de cohesión nacional y de defensa frente a las innumerables agresiones del exterior expresadas de múltiples formas: invasiones, presiones económicas y políticas, pérdida de territorios. Por eso, es necesario profundizar en el significado de la globalización que, desde luego, no es un fenómeno sin apellido. Responde centralmente al acelerado desarrollo científico-tecnológico y también a una estructura de dominación no exenta de conflictos, tanto en lo que toca a sus actores dominantes como a aquellos otros que son prácticamente arrastrados por sus debilidades económicas e institucionales. Si bien los condicionamientos de la Unión Europea, en lo que se refiere a las cláusulas de la democracia y los derechos humanos, no tienen, a mi juicio,

¹¹ *Ibid.*, pp. 2-3.

un carácter intervencionista en sus términos tradicionales, al aceptarlas se corre el riesgo de que los exportadores de la democracia representativa pretendan hacer lo mismo o, peor aún, abrogarse el derecho de aplicar leyes con carácter extraterritorial: el caso de Cuba y de la Ley Helms-Burton son una prueba de ello.

La participación de Europa fue relevante en los procesos de democratización de la región denunciando la violación a los derechos humanos, condenando a las dictaduras argentina y chilena, apoyando los procesos de pacificación en Centroamérica. Su abierta oposición a la política de Estados Unidos en los casos de Nicaragua y El Salvador constituyó un valioso elemento de distensión en esos conflictos. La participación europea se expresó tanto por la vía de los buenos oficios como en declaraciones abiertamente contradictorias con la política de Washington: el caso de la declaración franco-mexicana de 1981, que reconocía al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional como una “fuerza políticamente representativa”, fue indudablemente un factor de contrapeso importante ante la política belicista impulsada por el gobierno de Ronald Reagan. El apoyo de Europa a los procesos de pacificación en la región centroamericana tuvo “también una importante función de legitimación, en el sentido de que los principales aliados de Washington en el mundo ofrecieron una opción diferente para la solución de la crisis regional. Esta opción coincidía con la favorecida por el resto de América Latina a través del Grupo Contadora y, más tarde, su Grupo de Apoyo”.¹²

Fue entonces cuando se sentaron las bases para lo que la mayoría de los analistas califica como el inicio de un nuevo diálogo político entre Europa y América Latina. La Declaración de Roma de diciembre de 1990, promovida conjuntamente por la Cooperación Política Europea y el Grupo de Río, institucionalizó el renovado interés de los países europeos en el futuro político de la región latinoamericana. Es cierto que la paz y la democracia formal, con las cuales se inauguró la década de los noventa en América Latina, fueron producto de una suma de factores que conjugaron tanto el cambio en las prioridades de Estados Unidos hacia la región como las características de cada proceso nacional. No obstante, a pesar de que la participación europea no fue determinante,

¹² Alberto Van Klaveren, “Europa y América Latina en los años noventa”, en Abraham F. Lowenthal y Gregory F. Treverton, *América Latina en un mundo nuevo*, México, FCE, 1996, p. 107.

constituyó un valioso contrapeso a Estados Unidos. Contrapeso, que no condicionamiento.

Como señalaba el primer día de este seminario el maestro Leopoldo Zea, la guerra fría ha sido sustituida por la guerra sucia. En nuestras historias nada ha sido ingenuidad. Siempre los intereses han prevalecido por sobre cualquier otra definición sustantiva. Las inversiones tienen intereses, la ayuda económica también. En América Latina se conjugan los problemas no resueltos de estructuras productivas ineficientes con un desarrollo limitado de las instituciones políticas. Sin que sea pretexto existen explicaciones. La herencia colonial no sólo es idioma, costumbres, religión. Marcó tiempos distintos en el mundo de la división internacional del trabajo y dejó también profundamente arraigado el autoritarismo político.

El siglo XXI nos atrapa en un momento de ruptura ideológica y de la aparición de nuevos fenómenos. El mundo cada vez es más pequeño. Los latinoamericanos observamos los avances del proceso de integración en Europa, tenemos referentes en los procesos de transición a la democracia, llámese España o Portugal, nuestras ideas se ensanchan con el pensamiento de Norberto Bobbio, Juan Linz o Jean-Marie Guéhenno. Sin embargo, también sabemos del horror de Bosnia, de los mercados europeos atrapados por los narcotraficantes, del terrorismo. Ya no existen patentes ni marcas para los fenómenos económicos, políticos y sociales. Cito a Guéhenno:

Una nación se define, ante todo, por lo que no es: no es un grupo social, no es un grupo racial. En otras palabras, los lazos que unen a los ciudadanos de una nación son el producto de una combinación única de datos históricos, y nunca se reducen a una sola dimensión, social, religiosa o racial. Lo que distingue a la comunidad nacional... de las demás comunidades reside en esto: reúne a unos hombres no por lo que son sino por la memoria de lo que han sido. Una nación no tiene más definición que la histórica, es el lugar de una historia común, de comunes desgracias y de comunes alegrías. Es el lugar de un destino compartido.¹³

Nación no tiene por qué significar autarquía. El mundo es también un destino compartido. Pero los tiempos y los propósitos pueden ser diferenciados. Lo mismo las visiones catastrofistas que las

¹³ Jean-Marie Guéhenno, *El fin de la democracia*, México, Paidós, 1995, p. 20.

realidades virtuales que anuncian la cercanía de la felicidad global tienen una alta dosis de simplismo. Ambas envuelven concepciones que paralizan la reflexión. Por eso creo que la creación de conciencia latinoamericana, europea, universal a final de cuentas, debe ser nuestro primer propósito común.